

Los Estereotipos de Género en Diferentes Contextos Socioculturales: Análisis Comparativo entre Áreas Metropolitanas, Urbanas y Semiurbanas

Gender Stereotypes in Different Sociocultural Contexts:
A Comparative Analysis between Metropolitan, Urban, and Semi-Urban Areas

 Mayra Margarito Gaspar¹

Resumen

El estudio analiza cómo los estereotipos de género se manifiestan en estudiantes de primaria de contextos metropolitanos, urbanos y semiurbanos. A través de ejercicios narrativos y de asociación, se identificaron patrones que reflejan una convivencia entre avances hacia la equidad y la persistencia de normas tradicionales. Aunque niños y niñas asignan tareas y acciones similares a ambos géneros en espacios públicos, persisten representaciones tradicionales en lo emocional (la mujer como sensible) y en lo físico (el hombre como fuerte). En el ámbito familiar, los roles de cuidado siguen vinculados a las mujeres, mientras que los hombres son vistos como proveedores. En lo laboral, se reproducen divisiones: las mujeres son asociadas a profesiones de cuidado y los hombres a liderazgo o tecnología. Aunque se observan indicios de cambio en la percepción de la apariencia y algunas cualidades, los estereotipos siguen arraigados. Promover entornos más inclusivos resulta esencial para transformar estos imaginarios.

Palabras claves: Género, Estereotipos, Femenidad, Masculinidad, Contexto.

Abstract

The study examines how gender stereotypes are manifested among basic-school students in metropolitan, urban, and semi-urban contexts. Through narrative and association-based exercises, patterns were identified that reveal a coexistence between progress toward gender equity and the persistence of traditional norms. Although boys and girls assign similar tasks and actions to both genders in public settings, traditional representations remain in the emotional realm (women as sensitive) and the physical realm (men as strong). Within the family sphere, caregiving roles continue to be associated with women, while men are viewed as providers. In the professional domain, gender-based divisions persist: women are linked to caregiving professions, while men are associated with leadership and technology-related roles. Despite emerging signs of change in the perception of appearance and certain attributes, gender stereotypes remain

¹ Mayra Margarito Gaspar es doctora en Educación y profesora e investigadora de la Universidad de Guadalajara. Universidad de Guadalajara. Email: mayra.margarito@academicos.udg.mx

deeply rooted. Promoting more inclusive environments is essential to transforming these social imaginaries.

Keywords: Gender, Stereotypes, Femininity, Masculinity, Context.

Fecha de recepción: julio 2025

Fecha de aprobación: diciembre 2025

Introducción

El estudio de los estereotipos de género es fundamental para entender cómo las construcciones sociales y culturales influyen en la percepción y el comportamiento de los individuos en función de su género. Los estereotipos son representaciones simplificadas y generalizadas que asignan características, roles y expectativas específicas a hombres y mujeres, basadas en su pertenencia a un determinado género (Castillo-Mayén y Montes-Berges, 2014). Estos estereotipos, sustentados en las normas y valores de una sociedad, no solo limitan la expresión individual, sino que también perpetúan criterios rígidos sobre lo que se considera adecuado o inapropiado para hombres y mujeres.

La internalización de estereotipos desde una edad temprana moldea las identidades y relaciones interpersonales, impactando de manera significativa en las oportunidades y trayectorias de vida. Por lo tanto, su estudio es crucial para desafiar y reconfigurar las estructuras que mantienen y reproducen estas concepciones sociales. El análisis de los estereotipos de género permite desvelar cómo su perpetuación es resultado de una combinación de prácticas institucionales y creencias culturales que se entrelazan, creando un ciclo difícil de romper sin un análisis crítico y una intervención deliberada para promover la equidad de género (Tinsley y Ely, 2018). Así, instituciones como la familia, la escuela o la religión juegan un papel clave en la configuración de las expectativas de género al normalizar y perpetuar las normas que dictan comportamientos y roles específicos para hombres y mujeres.

Abordar los estereotipos de género en las escuelas de educación primaria es fundamental porque estos constructos comienzan a formarse a una edad temprana y tienen un impacto profundo en el desarrollo personal y social de los y las estudiantes. Durante la primaria, los niños y niñas están en una etapa crucial de formación de su identidad, y las ideas preconcebidas sobre lo que significa ser "hombre" o "mujer" pueden limitar sus intereses, habilidades y aspiraciones. Al enfrentar y cuestionar estos estereotipos desde el inicio, las escuelas pueden fomentar un entorno donde todos los y las estudiantes se sientan libres de explorar sus capacidades sin las restricciones que los roles de género tradicionales imponen. Esto no solo promueve la igualdad de oportunidades, sino que también contribuye a una educación más completa y equitativa.

Este trabajo busca revisar la construcción de los estereotipos de género en 186 estudiantes de primaria entre 9 y 12 años. Se ha elegido este rango de edades porque, en esta etapa, las niñas y los niños están construyendo sus identidades y comprensiones sobre el mundo que los rodea. Los niños y niñas en este rango de edad son particularmente susceptibles a internalizar los estereotipos de género, ya que buscan activamente comprender su lugar en el mundo y tienden a adoptar las normas sociales que observan en su entorno (Bigler y Liben, 2007). Este proceso de internalización es crucial para su desarrollo social y emocional, por lo que hemos realizado este estudio con la finalidad de observar cómo los y las estudiantes se apropian de una imagen estereotipada de lo femenino y lo masculino.

El estudio se llevó a cabo con estudiantes de cuarto, quinto y sexto de primaria de escuelas que representaban diferentes espacios educativos: metropolitano, urbano y semiurbano. Al incluir contextos diversos, se busca analizar cómo las diferencias en el entorno sociocultural influyen en la construcción de estereotipos de género, proporcionando una visión más completa de las variaciones y similitudes en la percepción de género entre los y las estudiantes de distintas áreas geográficas y socioeconómicas.

Comprender la configuración de estereotipos de género es vital para promover un ambiente escolar inclusivo y equitativo. Los y las estudiantes que sienten que no encajan en los roles de género tradicionales pueden experimentar acoso, exclusión o baja autoestima. Al abordar estos estereotipos en el aula, se puede fomentar una cultura de respeto y aceptación, donde todas las personas se sientan valoradas. Esto no solo promueve el bienestar emocional, sino que también contribuye a fortalecer una educación de calidad y a reducir las barreras que los estereotipos de género pueden imponer.

Acercamiento teórico-metodológico

El habitus refiere a un sistema de disposiciones duraderas y transponibles que las personas internalizan a través de la socialización en un contexto determinado (Bourdieu, 2007). Estas disposiciones, que incluyen esquemas de percepción, pensamiento y acción, guían el comportamiento y las prácticas de los individuos de manera inconsciente, adaptándolos a las condiciones objetivas de su entorno social. Para Bourdieu (2006), el habitus es un sistema estructurado y estructurante: estructurado porque refleja las condiciones sociales en las que fue formado, y estructurante porque orienta la manera en que los individuos actúan y se relacionan con el mundo. Se manifiesta en todas las prácticas cotidianas, desde los gustos y preferencias culturales hasta las estrategias de vida, permitiendo la reproducción de estructuras sociales, como las diferencias de clase, género y poder, sin necesidad de coacción directa o explícita.

Al considerar el habitus como disposiciones adquiridas, se reconoce la importancia del contexto sociocultural en la configuración de prácticas internalizadas, como son las construcciones de estereotipos asociados a lo femenino y a lo masculino. De este modo, se pone en perspectiva que los constructos de género no son construcciones individuales, sino que están profundamente enraizados en las estructuras sociales y culturales que rodean a los individuos. Los roles de género no son una realidad fija, sino una construcción que se manifiesta a través de

actos repetidos y cotidianos, que refuerzan ideas sobre lo masculino y lo femenino dentro de un contexto específico (Butler, 2007). Por ello, el contexto sociocultural juega un papel fundamental en la configuración de estereotipos y concepciones de género, moldeando las expectativas y normas que dictan el comportamiento adecuado para hombres y mujeres.

Los estereotipos de género están sujetos a una constante reproducción en contextos socioculturales específicos, los cuales operan como escenarios de legitimación simbólica. Instituciones como la familia, la escuela, los medios de comunicación, el Estado y las religiones desempeñan un papel crucial en la transmisión y consolidación de normas de género (Rodríguez, 2022). Estas instituciones no solo refuerzan expectativas tradicionales sobre lo masculino y lo femenino, sino que también sancionan, simbólica o explícitamente, cualquier desviación de dichas normas, perpetuando así relaciones asimétricas de poder y limitando la agencia de los sujetos para redefinir sus identidades.

El contexto sociocultural también determina la manera en que ciertos atributos o comportamientos adquieren valor diferencial dependiendo del género. Por ejemplo, la sensibilidad emocional o el cuidado del hogar suelen ser valorados de forma distinta si se presentan en mujeres o en hombres, lo cual evidencia que no son las características en sí mismas las que poseen un valor intrínseco, sino que este se construye a partir de las jerarquías simbólicas presentes en cada sociedad (Yubero, 2004). En este sentido, el habitus incorpora una lógica social que normaliza estas diferenciaciones y las presenta como naturales, cuando en realidad son producto de construcciones históricas y culturales.

Las transformaciones sociales, los movimientos feministas, las luchas por la equidad y la inclusión han evidenciado que es posible tensionar y subvertir los esquemas del habitus. Así, si bien el habitus tiende a reproducir lo establecido, también puede ser objeto de cuestionamiento y cambio cuando se generan nuevas condiciones sociales que promueven prácticas distintas. En

este sentido, la comprensión crítica del habitus y su relación con el contexto sociocultural es clave para fomentar procesos de desnaturalización de los estereotipos y avanzar hacia una sociedad más equitativa.

El análisis de la concepción de los roles de género en escuelas de diferentes contextos, como zonas metropolitanas, urbanas y semiurbanas, es crucial debido a las diversas influencias socioculturales que cada entorno ofrece. En las zonas metropolitanas, donde la diversidad cultural y la exposición a distintas ideas son más amplias, los y las estudiantes pueden estar más familiarizados/as con una variedad de roles de género no tradicionales. Sin embargo, esto no significa que estén exentos de estereotipos, ya que las expectativas sociales pueden ser igualmente fuertes debido a la presión por encajar en normas tradicionalmente aceptadas. En zonas urbanas y semiurbanas, donde las comunidades pueden ser más homogéneas y las prácticas culturales más arraigadas, la concepción de los roles de género tiende a ser más conservadora y rígida. Por ello, los y las estudiantes pueden estar más predispuestos a asumir roles de género tradicionales.

Fairclough (2003) considera que el lenguaje refleja y reproduce las relaciones de poder en la sociedad. Por ello, propone un análisis discursivo con una comprensión profunda del contexto social y cultural. Su enfoque permite observar no solo las palabras y frases utilizadas, sino también cómo estos discursos se relacionan con prácticas sociales más amplias, proporcionando un marco para entender las dinámicas de poder en la construcción de género en contextos educativos. Así, el análisis del discurso es una metodología que permite explorar cómo los estereotipos de género se construyen, mantienen y transforman a través del lenguaje y la comunicación en contextos institucionales.

Para este estudio, se han revisado textos producidos en contextos educativos metropolitanos, urbanos y semiurbanos por niños y niñas de entre 9 y 12 años, con el propósito

de analizar las elecciones lingüísticas y las estructuras narrativas que permiten identificar actitudes implícitas o explícitas en torno al género. Se ha seleccionado este rango etario debido a que, durante esta etapa del desarrollo, se han comenzado a consolidar determinadas concepciones sociales y culturales sobre el género, al mismo tiempo que se transita hacia la adolescencia, periodo caracterizado por una mayor reflexión identitaria y una progresiva internalización de normas y expectativas sociales. Asimismo, la consideración de distintos contextos socioterritoriales responde a la premisa de que el entorno social constituye un factor decisivo en la construcción, reproducción y resignificación de los estereotipos de género, por lo que su inclusión permite observar variaciones asociadas a experiencias y marcos culturales diferenciados.

Se han analizado los productos de tres ejercicios diseñados para revisar las percepciones que las y los participantes expresan en relación con los estereotipos de género. Dichos ejercicios incluyen la redacción de textos, la respuesta a preguntas abiertas y la relación de ideas, con el propósito de identificar la manera en que estas representaciones se manifiestan en sus discursos. Cada actividad fue concebida para abordar distintos componentes de los estereotipos de género, atendiendo tanto a su dimensión explícita como a sus formulaciones implícitas. Previo a la aplicación de los ejercicios, se llevó a cabo una reunión con la comunidad escolar —integrada por madres y padres de familia, personal directivo y docente— con el fin de explicar los objetivos del estudio y solicitar el consentimiento informado correspondiente. De manera complementaria, una vez concluido el análisis, se realizó un encuentro posterior para socializar los resultados obtenidos. El interés manifestado evidencia una sensibilidad creciente hacia estas problemáticas, lo que abre la posibilidad de generar espacios de reflexión colectiva orientados a la construcción de comunidades educativas más conscientes, respetuosas e inclusivas.

El primer ejercicio consiste en la redacción de una historia, con la consigna de incluir cuatro personajes: dos hombres y dos mujeres. Este ejercicio tiene como objetivo explorar y

analizar los estereotipos de género presentes en la narrativa de los y las estudiantes. Al permitirles desarrollar libremente sus personajes y tramas, se busca identificar cómo se representan y asignan roles, características y comportamientos según el género. Esta actividad es fundamental para la investigación, ya que proporciona un contexto natural para observar patrones de pensamiento y actitudes implícitas sobre los roles de género, lo que permitirá una reflexión crítica y un análisis más profundo sobre la representación estereotipada de lo femenino y lo masculino.

El segundo ejercicio consiste en completar oraciones relacionadas con acciones habituales, señalando si el sujeto que las realiza es un hombre o una mujer. Este ejercicio tiene como objetivo analizar cómo los estudiantes asocian sus concepciones de lo femenino y lo masculino con diferentes actividades y profesiones, revelando las percepciones y expectativas sociales de género en contextos cotidianos. El tercer ejercicio busca relacionar la figura del hombre y la mujer con características vinculadas a cualidades físicas, emocionales y sociales, para observar la configuración de la feminidad y la masculinidad. De este modo, la investigación pretende identificar cómo se conceptualizan y valoran las cualidades atribuidas a cada género, permitiendo una reflexión crítica sobre los estereotipos y los roles sociales.

Este análisis discursivo implica tanto un enfoque micro como macro (Van Dijk, 2016). A nivel micro, se examinan las palabras y frases específicas utilizadas por los y las estudiantes para describir los roles de género, buscando evidencias de estereotipos tradicionales o de resistencia a ellos. A nivel macro, se analizan los temas y narrativas generales que emergen en los discursos, considerando cómo estos reflejan o desafían las normas sociales sobre el género. En este estudio, se ha decidido enfocar el análisis en el nivel macro, ya que permite identificar patrones narrativos y temáticos que trascienden las expresiones individuales. Este enfoque es esencial para capturar las dinámicas sociales más amplias y las estructuras subyacentes que moldean la construcción de los roles de género en contextos específicos. Además, ofrece una visión integral

de cómo los discursos sobre el género están interconectados y cómo estos discursos se inscriben dentro de las normas y expectativas sociales predominantes.

Resultados

Para analizar los datos obtenidos en los ejercicios elaborados por los y las estudiantes, se abordan los estereotipos de género desde tres categorías: lo familiar, lo laboral y lo cotidiano. Estas categorías coadyuvan a comprender cómo se internalizan y configuran los estereotipos de género a partir de diversos ámbitos que reflejan concepciones de la feminidad y la masculinidad. A continuación, se presentan los resultados obtenidos en cada ejercicio, considerando las categorías señaladas.

Ejercicio 1. Los estereotipos a partir de la narrativa de los y las estudiantes

El primer ejercicio consistió en una narración de creación propia, con dos personajes femeninos y dos masculinos como protagonistas, con el fin de establecer si los y las estudiantes recurrían a descripciones o acciones asociadas a estereotipos de género tradicionales. Al revisar los resultados, notamos que una cantidad significativa de participantes desarrolló historias en las que los personajes eran amigos/as o compañeros/as de la misma edad. Este patrón se repitió en los distintos contextos: 78% en áreas semiurbanas, 87% en urbanas y 82% en metropolitanas. Debido a esta similitud en la caracterización, las acciones atribuidas a los personajes masculinos y femeninos eran semejantes, como asistir a una fiesta o a la escuela, ir al campo o al parque, o participar en una aventura con monstruos o brujas.

La generalización de acciones en los relatos analizados permitió identificar que, en los espacios públicos, los y las estudiantes de los tres contextos educativos perciben que hombres y mujeres pueden realizar actividades similares. Esta percepción sugiere una tendencia hacia la igualdad de género en términos de participación social y funcionalidad en lo cotidiano. El hecho de que tanto niñas como niños sean representados/as en situaciones equivalentes refleja, en

parte, una apertura en los imaginarios infantiles respecto a la distribución de roles en la vida pública. Sin embargo, al analizar con mayor profundidad las narraciones, emergen elementos que revelan la persistencia de concepciones tradicionales de género, especialmente en lo que respecta a los rasgos de carácter atribuidos a hombres y mujeres.

Los matices emocionales y físicos asociados a los personajes aún reproducen estereotipos. Esto se observa en la forma en que se describe el temperamento o la actitud de los personajes, manteniendo una diferenciación simbólica que vincula lo emocional con las mujeres y la fortaleza con los varones. En concreto, se identificó que entre la mitad y la tercera parte de las historias narradas por los y las participantes —48% en el contexto semiurbano, 40% en el urbano y 34% en el metropolitano— persisten asociaciones entre lo femenino y la sensibilidad emocional, así como entre lo masculino y la fuerza física. Estos porcentajes evidencian que, aunque se han logrado avances en la representación equitativa de acciones, los estereotipos sobre las características internas o simbólicas de los géneros continúan operando. Esto sugiere que la transformación de los imaginarios de género es un proceso en curso, en el que conviven elementos de cambio con rasgos tradicionales aún arraigados en la cultura infantil.

En las narraciones de los y las estudiantes, a pesar de la similitud en las actividades, se observa que los personajes femeninos tienden a ser descritos con mayor énfasis en sus emociones: son quienes lloran, quienes tienen miedo y quienes sienten empatía. La cercanía de las mujeres con sus emociones conlleva una percepción de la fragilidad femenina, mientras que los personajes masculinos suelen ser caracterizados en términos de valentía y fuerza física. De este modo, aunque solo un 4% de los y las participantes elaboraron una narración en la que el varón salva a la dama, todavía existe una referencia del hombre como valiente, racional e impasible. Esta distinción coincide con lo que Connell (2003) denomina la "hegemonía de la masculinidad", donde las emociones son vistas como una debilidad atribuida principalmente a las mujeres.

Los relatos revisados sugieren que, aunque los y las estudiantes reflejan una tendencia hacia la igualdad en las acciones cotidianas de hombres y mujeres, las normas tradicionales sobre las emociones femeninas y la racionalidad masculina aún están presentes en su contexto cultural. Esto indica que, si bien las nuevas generaciones pueden estar adoptando nociones más igualitarias en ciertos aspectos, los estereotipos de género persisten en las esferas más profundas de sus narrativas. En este sentido, la tabla 1 presenta los principales hallazgos del primer ejercicio, permitiendo visualizar de manera comparativa las tendencias identificadas en los distintos contextos educativos y la coexistencia entre avances hacia la equidad y la permanencia de representaciones tradicionales de género.

Tabla 1

Síntesis de resultados del ejercicio 1

Eje de análisis	Resultados principales	Interpretación analítica
Representación de personajes y acciones	En los tres contextos (semiurbano 78%, urbano 87%, metropolitano 82%), los personajes fueron mayoritariamente amigos/as o compañeros/as de la misma edad, con acciones similares (escuela, fiestas, juegos, aventuras).	En los espacios públicos se observa una tendencia hacia la igualdad de género en la participación social y funcionalidad cotidiana.
Rasgos emocionales y físicos	Persisten asociaciones entre sensibilidad emocional femenina y fortaleza masculina: 48% (semiurbano), 40% (urbano), 34% (metropolitano).	Aunque hay avances en la igualdad de acciones, los estereotipos simbólicos y emocionales continúan operando.
Construcción simbólica del género	Las mujeres son descritas como sensibles, empáticas o temerosas; los hombres como valientes, fuertes y racionales. Solo 4% reproduce explícitamente el estereotipo del “varón salvador”.	Se mantiene la hegemonía de la masculinidad, donde la contención emocional masculina y la fragilidad femenina siguen normalizadas.

Ejercicio 2. Los estereotipos a partir de acciones específicas

El segundo ejercicio consistía en completar frases para indicar quién realizaba ciertas acciones cotidianas, con la finalidad de observar sus concepciones sobre los roles de hombres y mujeres. Las respuestas mostraron que los y las estudiantes vinculan los estereotipos de género

principalmente con el ámbito familiar. Aproximadamente el 60% de las frases fue completado con algún miembro de la familia, sobre todo parientes de primer grado. Esto refleja el impacto de la institución familiar en la construcción de un concepto de lo femenino y lo masculino.

Bourdieu (2006) sostiene que la familia es una de las principales instituciones responsables de la reproducción de las estructuras de dominación simbólica, incluidas las relacionadas con el género. Los niños y niñas internalizan desde temprana edad los roles tradicionales que ven en su entorno familiar, replicando estos patrones en sus concepciones sobre lo que es "propio" de hombres y mujeres. Por esto, los y las participantes de los tres contextos educativos utilizaron como principales referentes —en el mismo orden de relevancia— a la madre y el padre, seguidos de hermanos/as e hijos/as, para posteriormente concluir con abuelos/as, primos/as y tíos/tías. Este vínculo inmediato muestra la trascendencia de la institución familiar en la construcción de estereotipos de género.

En las frases que involucraban tareas del hogar, como "quién cocina" o "quién lava la ropa", la mayoría de los y las estudiantes asignó estas responsabilidades a las mujeres, reflejando la visión tradicional de que ellas son las principales encargadas del mantenimiento del hogar. Solo un pequeño porcentaje de los y las estudiantes mencionó a hombres como responsables de actividades del hogar, lo que sugiere una visión limitada de la equidad de género en el ámbito doméstico. Esta distribución de roles tradicionales evidencia la persistencia de estereotipos de género que los y las estudiantes han internalizado a través de sus entornos familiares y culturales.

Los y las participantes de espacios urbanos y metropolitanos mostraron una mayor apertura a considerar las labores domésticas como actividades que pueden ser realizadas por hombres o por ambos (hombres y mujeres). En los espacios semiurbanos, hubo un promedio de 5% de estudiantes que mencionaron que estas tareas fueron realizadas por varones; mientras que un promedio del 8% mencionó que son actividades tanto de varones como de mujeres. Por

otra parte, en los espacios urbanos y metropolitanos, el porcentaje de participantes que señalaron a hombres fue un promedio de 28%, y el 25% anotó que las tareas eran compartidas. Es importante destacar que las niñas tienen un mayor apego a los estereotipos tradicionales femeninos que los varones, aunque en un porcentaje mínimo: en contextos metropolitanos, un 7%; en contextos urbanos, un 4%; y en contextos semiurbanos, un 8%.

Connell (2003) destaca que la familia no solo transmite los roles, sino que también actúa como un espacio donde se legitiman y perpetúan las relaciones de poder entre los géneros. Esta reproducción de estereotipos refuerza la idea de que las tareas domésticas y de cuidado son responsabilidades femeninas, mientras que las actividades productivas y de autoridad se asocian con lo masculino. Así, mientras los y las participantes asociaron las labores del hogar principalmente con las mujeres, los hombres fueron asociados preferentemente con actividades fuera de casa, específicamente con el trabajo o con acciones relacionadas con el trabajo, como reparar cosas o seguir indicaciones.

En el ámbito laboral, las respuestas de los y las estudiantes también reflejaron una marcada división de roles de género. Al completar frases como "quién trabaja en una oficina grande" o "quién reparó la computadora", una mayoría considerable de los y las estudiantes mencionó a los hombres. En el contexto metropolitano, un promedio de 64% mencionó a hombres; en el contexto urbano fue un promedio de 75%, y en el semiurbano, un promedio de 88%. Los y las participantes del contexto semiurbano solo consideraron en un 3% que podrían ser actividades para ambos géneros, mientras que los del contexto urbano y metropolitano lo mencionaron en un 10%. Esto sugiere que aún se percibe a los hombres como los principales proveedores y líderes en el contexto laboral, especialmente entre los varones, que muestran un mayor apego a los estereotipos masculinos.

Las respuestas evidencian que ciertas profesiones y oficios les parecen más "apropiados" para hombres o mujeres, de acuerdo con la frecuencia en que se mencionan y vinculan con personajes femeninos o masculinos. A los varones se les relaciona con trabajos de tecnología y liderazgo, mientras que las mujeres son vistas como más adecuadas para trabajos de cuidado o educación. Por ejemplo, cuando se les pregunta "quién cuida a los y las pacientes", la mayoría de los y las participantes respondieron "enfermera" (53%), mientras que "doctor" solo se mencionó en un 24% de los casos; como contraparte, un 15% mencionó "doctora" y solo un 3%, "enfermero". Es importante subrayar que, en los contextos semiurbanos, estos porcentajes muestran un mayor apego a los roles tradicionales: el 90% mencionó "enfermera"; un 7%, "doctor" y un 3%, "enfermero".

Los resultados de este ejercicio indican que las madres son vistas como las principales responsables del cuidado del hogar y los hijos e hijas, mientras que los padres suelen ser vistos como los proveedores económicos. Por ello, aún en el espacio laboral, esta situación persiste. Las profesiones de las mujeres mantienen la función asistencial que tienen las madres, mientras que los hombres asumen roles de liderazgo. Un elemento a destacar es que, en los espacios laborales, las mujeres suelen ser referidas por su oficio, mientras que los hombres pueden ser mencionados como profesionales o como miembros de la familia. Por ejemplo, quien trabaja en la oficina puede ser el jefe, el abogado o el papá, si es hombre; si es mujer, se la menciona como la secretaria o la licenciada.

Estos resultados revelan cómo las construcciones de género moldean la percepción social de las funciones laborales. El vínculo de las madres con la casa y la familia refuerza la idea de que las mujeres están naturalmente destinadas a roles asistenciales, lo que se refleja en la elección de sus profesiones y en la manera en que estas son nombradas. En cambio, los hombres, asociados históricamente con la provisión económica, son visualizados como líderes o

figuras de autoridad tanto en el hogar como en el espacio público, lo que perpetúa su vinculación con profesiones de poder, decisión y prestigio.

Asimismo, la manera en que se nombra a mujeres y hombres en los contextos laborales evidencia una carga simbólica que contribuye a mantener las jerarquías de género. Las mujeres suelen ser referidas de forma reducida a su función técnica u operativa —como “secretaria” o “licenciada”—, lo cual puede implicar una visión más instrumental de su participación profesional. En contraste, los hombres reciben identificaciones más diversas y jerárquicamente más altas, como “jefe” o “abogado”, o bien son reconocidos desde su rol familiar, como “papá”, lo cual sugiere una integración más completa entre su identidad laboral y personal. Esta diferencia en el lenguaje no es trivial: refleja y reproduce una estructura simbólica que otorga mayor estatus y visibilidad al trabajo masculino y mantiene subordinadas las contribuciones de las mujeres en el imaginario colectivo.

Los resultados obtenidos en el segundo ejercicio permiten observar cómo las jerarquías simbólicas se articulan con las acciones cotidianas y los roles asignados a mujeres y hombres en los ámbitos familiar y laboral. La tabla 2 sintetiza los principales hallazgos derivados de este ejercicio, para identificar patrones discursivos que evidencian la persistencia de una división sexual del trabajo, así como las variaciones contextuales que matizan —sin desarticular completamente— las representaciones tradicionales de lo femenino y lo masculino.

Tabla 2

Síntesis de resultados del ejercicio 2

Eje de análisis	Resultados principales	Interpretación analítica
Referentes familiares	Aproximadamente 60% de las respuestas remiten a figuras familiares, principalmente madre y padre.	La familia se confirma como un agente central en la reproducción de estereotipos de género.
Tareas domésticas	Las labores del hogar se asignan mayoritariamente a mujeres. Apertura limitada en contextos urbanos y metropolitanos (28% hombres; 25% tareas compartidas).	Persiste la asociación de lo doméstico y el cuidado con lo femenino, especialmente en contextos semiurbanos.

Ámbito laboral	Los hombres son asociados con trabajos de liderazgo y tecnología (64% metropolitano, 75% urbano, 88% semiurbano).	Se reproduce la imagen del hombre como proveedor y figura de autoridad, y de la mujer como asistencial.
----------------	---	---

Ejercicio 3. Los estereotipos a partir de características específicas

El tercer ejercicio puede revelar las expectativas sociales y comportamientos que los y las estudiantes asocian con cada género. Los resultados obtenidos de los y las participantes no mostraron diferencias significativas de un contexto a otro, por lo que se presentan los datos generales. En términos generales, los datos expresan una mezcla entre la persistencia de estereotipos tradicionales y el inicio de una visión más equitativa entre lo masculino y lo femenino.

De acuerdo con Velandia-Morales y Rincón (2014), los estereotipos de género establecen diferentes niveles de afecto y competencia para lo femenino y lo masculino: las mujeres son percibidas con un alto nivel de afecto y un bajo nivel de competencia; en cambio, a los hombres se les atribuye un alto nivel de competencia y un bajo nivel de afecto. Esta dicotomía refuerza una jerarquía simbólica en la que las mujeres son valoradas por su cercanía emocional, disposición al cuidado y docilidad, mientras que los hombres son reconocidos por su racionalidad, liderazgo y eficacia. Este tipo de representaciones genera expectativas diferenciadas sobre lo que se considera adecuado según el género, menospreciando a las mujeres que buscan ocupar espacios de poder o autoridad, y a los hombres que expresan sensibilidad o empatía.

Los datos analizados revelan que, al preguntar directamente a los y las participantes por cualidades intelectuales o de responsabilidad, las respuestas no reproducen de manera evidente los estereotipos tradicionales que asocian la competencia exclusivamente con lo masculino. Por el contrario, atributos como “inteligente” y “responsable” fueron asignados en mayor proporción a personajes femeninos que a masculinos: un promedio de 68% para mujeres y 52% para varones. Estos porcentajes sugieren una apertura en las nuevas generaciones hacia una valoración más

equitativa de las capacidades cognitivas y morales, independientemente del género, pues ponen en evidencia que ciertos estereotipos podrían estar siendo cuestionados o, al menos, reinterpretados por los niños y niñas en contextos específicos.

Sin embargo, al observar las características físicas atribuidas a los personajes, los estereotipos de género tradicionales siguen teniendo una fuerte presencia. La asociación del hombre con la fuerza (86%) y de la mujer con la fragilidad (64%) reproduce una visión dicotómica del cuerpo y sus capacidades, donde lo masculino se vincula con la resistencia y la acción, y lo femenino con la debilidad y la pasividad. Esta persistencia de estereotipos corporales sugiere que, aunque algunas dimensiones del concepto de competencia se están resignificando, otras — especialmente las relacionadas con lo físico— continúan arraigadas en imaginarios tradicionales que refuerzan desigualdades simbólicas y prácticas entre hombres y mujeres.

Por otra parte, los resultados muestran que los estereotipos tradicionales de género en torno a la afectividad siguen presentes en la percepción infantil. Las cualidades relacionadas con la sensibilidad emocional, como “amable” o “sensible”, se atribuyen en mayor medida a las mujeres (76%) que a los hombres (48%), lo que refuerza la idea de que lo femenino está vinculado al cuidado, la empatía y la contención emocional. Este sesgo en la percepción contribuye a mantener la imagen de las mujeres como emocionalmente disponibles y afectuosas, lo cual puede derivar en una carga desproporcionada de responsabilidades afectivas en los distintos ámbitos de la vida social, especialmente en los entornos familiares y escolares.

Los porcentajes relacionados con la baja afectividad fueron relativamente similares para varones (37%) y mujeres (31%). No obstante, esta ligera diferencia, que sugiere una mayor asociación de la baja afectividad con lo masculino, se ve reforzada por algunos ítems del ejercicio 2, los cuales evidencian con mayor claridad que la dureza emocional continúa siendo una cualidad más aceptada o esperada en los hombres. Así, cuando se trata de características

vinculadas con la falta de expresión afectiva —como tener “un carácter fuerte”—, los datos revelan una tendencia marcada a atribuirlos a los varones, con un 87% de las respuestas. Esta diferencia en la asignación de rasgos afectivos no solo perpetúa estereotipos que limitan la expresión emocional masculina, sino que también refuerza normas rígidas sobre el comportamiento apropiado según el género.

Las respuestas de los y las participantes evidencian cómo los estereotipos de género siguen operando de manera sutil pero persistente en las percepciones infantiles, especialmente en lo que respecta a la afectividad. Aunque se observan ciertos avances en la forma en que las nuevas generaciones reconocen cualidades positivas en ambos géneros, persisten asociaciones tradicionales que asignan la sensibilidad emocional a las mujeres y la fortaleza o dureza emocional a los hombres. Estas representaciones no solo reflejan patrones culturales arraigados, sino que también influyen en la manera en que niños y niñas construyen sus propias identidades, expectativas y relaciones con los demás.

Además de los aspectos vinculados con la afectividad y la competencia, la apariencia también fue considerada como un indicador relevante en la exploración de estereotipos de género. Tradicionalmente, atributos como la belleza y la elegancia han sido asociados principalmente con lo femenino, reforzando la idea de que la imagen física es una cualidad esencial en la construcción de la identidad de las mujeres. Sin embargo, los datos analizados muestran que esta percepción comienza a transformarse en las nuevas generaciones. La diferencia entre quienes relacionaron estos atributos con mujeres (65%) y quienes lo hicieron con hombres (56%) fue relativamente pequeña, lo que sugiere una apertura en la percepción de que la preocupación por la apariencia no es exclusiva de un solo género.

Este cambio podría estar vinculado con transformaciones culturales más amplias, en las que el cuidado personal y la estética han dejado de ser vistos únicamente como rasgos femeninos

y han comenzado a formar parte de la autoimagen masculina sin que ello implique una transgresión de las normas sociales. Desde esta perspectiva, los resultados permiten identificar una tendencia incipiente hacia una representación menos rígida de los géneros, al menos en lo que respecta a la apariencia física. Si bien aún persisten estereotipos tradicionales, los datos reflejan un proceso paulatino de resignificación de las cualidades atribuidas a hombres y mujeres. Este tipo de cambios, aunque sutiles, resultan significativos al evidenciar que los imaginarios de género no son estáticos, sino que pueden transformarse a través de las prácticas sociales, la educación y la influencia de nuevas representaciones culturales.

Otro aspecto que conviene señalar es que más de la mitad de los y las participantes evitaron asociar características "negativas", como indiferente, torpe o descortés, con los personajes en general, pero especialmente con los personajes femeninos. Esta tendencia puede interpretarse como un reflejo de normas culturales que promueven la cortesía y una forma de protección simbólica hacia las mujeres, reforzando así estereotipos de género sutiles pero persistentes. En muchos contextos, se espera que niñas y mujeres encarnen cualidades positivas como la amabilidad, la delicadeza o la bondad, mientras que las críticas abiertas hacia ellas son socialmente menos aceptadas, incluso cuando se trata de figuras ficticias. Esta idealización, aunque aparentemente inofensiva, podría limitar la representación diversa y compleja de lo femenino, restringiendo a las mujeres a roles idealizados, seguros y unidimensionales.

Tal como señala Bem (1981) en su teoría de esquemas de género, los niños y niñas aprenden a clasificar comportamientos y atributos de acuerdo con estándares sociales que regulan cómo deben comportarse hombres y mujeres. En los productos de los y las participantes se pudo observar una mayor reserva al asociar características negativas con lo femenino, no solo porque han asimilado la feminidad con cualidades positivas, sino también porque consideran que hay mayor susceptibilidad a la crítica de las mujeres. Este sesgo refleja una visión dicotómica de género que se aprende desde una edad temprana, reforzada por la costumbre y los medios.

La percepción de una característica como "positiva" o "negativa" se encuentra mediada por la internalización de normas culturales, por lo que el rechazo a emplear adjetivos con connotaciones desfavorables puede reflejar una visión infantil sobre lo que es apropiado expresar. Vygotsky (2013) sostiene que el lenguaje y la interacción social son elementos clave en el desarrollo cognitivo y moral. A través del intercambio con adultos y pares, los niños y niñas aprenden a regular sus enunciados y a identificar qué es pertinente decir en determinados contextos. Desde esta perspectiva, la omisión de rasgos negativos puede interpretarse como un resultado del proceso de socialización, mediante el cual los y las infantes aprenden convenciones sociales sobre cómo referirse a los demás. Así, se pone de manifiesto la influencia de un entorno que sanciona la crítica directa, lo cual lleva a los niños y niñas a reproducir respuestas percibidas como socialmente correctas.

Los estereotipos de género suelen mostrar patrones culturales establecidos. Gilligan (1985) destaca que las mujeres, desde una edad temprana, tienden a enfocarse en la moral del cuidado/a, un enfoque que enfatiza la empatía y la relación con los demás. Esta construcción de lo femenino podría influir en la percepción de lo que es apropiado decir sobre las mujeres, evitando asociarles características que puedan ser vistas como dañinas o críticas. Así, la influencia cultural moldea la manera en que se construyen los juicios sociales. En este marco, la tabla 3 presenta los principales hallazgos del tercer ejercicio, permitiendo visualizar cómo estas representaciones culturales inciden en la atribución diferencial de cualidades emocionales, físicas e intelectuales a mujeres y hombres.

Tabla 3

Síntesis de resultados del ejercicio 3

Eje de análisis	Resultados principales	Interpretación analítica
Profesiones y lenguaje	"Enfermera" (53%) frente a "doctor" (24%). Las profesiones de las mujeres tienen la función	El uso del lenguaje refuerza jerarquías simbólicas que otorgan mayor estatus al trabajo masculino.

	asistencial; las profesiones de los hombres son de liderazgo.	
Competencia intelectual	Atributos como “inteligente” y “responsable” se asignan más a mujeres (68%) que a hombres (52%).	Se observan indicios de resignificación positiva de la competencia femenina.
Características físicas	Fuerza asociada a hombres (86%) y fragilidad a mujeres (64%).	Los estereotipos corporales tradicionales permanecen fuertemente arraigados.
Afectividad	Sensibilidad emocional atribuida mayoritariamente a mujeres (76%) frente a hombres (48%).	Continúa la feminización del cuidado emocional y la normalización de la dureza masculina.
Apariencia	Belleza y elegancia: mujeres 65%, hombres 56%.	Se identifica una apertura incipiente hacia una percepción menos rígida de la estética masculina.
Rasgos negativos	Evitación de adjetivos negativos, especialmente hacia personajes femeninos.	Refleja normas culturales de protección simbólica de lo femenino y esquemas de género internalizados

Discusión

Los binarismos de género estructuran las relaciones de poder en la sociedad (Connell, 2003), colocando al hombre en una posición de superioridad y liderazgo, mientras que la mujer es considerada inherentemente más adecuada para roles domésticos y de asistencia. De Beauvoir (2012) observa que la mujer ha sido históricamente definida como "el otro" en relación con el hombre, lo que ha justificado una larga tradición de dominación patriarcal y ha perpetuado la dependencia económica femenina. De este modo, esta configuración binaria del género condiciona las oportunidades y experiencias de mujeres y hombres, al mismo tiempo que excluye y marginaliza a quienes no se ajustan a estas categorías rígidas.

La imposición de un modelo dualista limita la diversidad de identidades de género y reproduce un orden social que jerarquiza los cuerpos, los saberes y las formas de vida. Por esto, es fundamental visibilizar cómo los binarismos de género atraviesan los distintos ámbitos sociales y promover el respeto, la equidad y la inclusión de todas las identidades. Los binarismos no son meras distinciones simbólicas, sino mecanismos que legitiman la desigualdad y restringen la

agencia de los sujetos dentro de un marco normativo. Así, se naturaliza la idea de que ciertos espacios, emociones o capacidades pertenecen legítimamente a un sexo y no al otro, reproduciendo desigualdades que limitan el desarrollo pleno de las personas.

Los estereotipos no son naturales ni universales, sino que son producto de una configuración diferenciada de las relaciones de poder que asigna jerárquicamente valores y funciones según el género. Estas perspectivas sobre las estructuras de poder pueden observarse en situaciones familiares, laborales y cotidianas, donde las configuraciones de género operan como guías implícitas del comportamiento esperado para hombres y mujeres, tal y como se pudo observar en los ejercicios de un gran porcentaje de los y las participantes.

Los datos revisados en este trabajo nos permitieron reconocer cómo los y las estudiantes construyen los estereotipos de género desde tres categorías clave: lo familiar, lo laboral y lo cotidiano. En el ámbito familiar, los roles de género dictan que las mujeres asuman la mayor parte de las responsabilidades de la limpieza y el cuidado, mientras que los hombres se encargan de proveer económicamente. D'Alessandro (2016) señala que, a pesar de los avances en igualdad de género, las mujeres continúan llevando la carga del trabajo doméstico y de cuidado no remunerado. A esto lo llama la "segunda jornada", refiriéndose a las actividades que realizan las mujeres después de su jornada laboral fuera del hogar. Por esto, los estereotipos de género, profundamente arraigados dentro de la familia, perpetúan la desigualdad al mantener la expectativa de que las mujeres son las principales responsables del hogar y la familia.

La distribución desigual de roles no solo limita las oportunidades de desarrollo personal y profesional de las mujeres, sino que también refuerza la idea de que el ámbito doméstico es exclusivamente femenino, mientras que lo público, lo productivo y lo racional pertenecen al dominio masculino. Desde edades tempranas, niñas y niños internalizan estos mensajes a través de las prácticas, discursos y asignación de responsabilidades dentro del núcleo familiar. Si bien

los relatos revisados sugieren que los y las estudiantes comienzan a reflejar una tendencia hacia la igualdad en las acciones cotidianas, como compartir tareas o reconocer capacidades similares entre hombres y mujeres, las normas tradicionales siguen operando a un nivel más profundo.

La asociación de las emociones con lo femenino y la racionalidad con lo masculino continúa presente en sus discursos, lo que demuestra que las transformaciones en las prácticas no siempre van acompañadas de una deconstrucción de los imaginarios culturales. La persistencia en las narrativas revela la complejidad del cambio social y la necesidad de intervenir no solo en las conductas observables, sino también en los marcos simbólicos que estructuran el pensamiento y las relaciones de género. Chodorow (2021) explora cómo esta división de roles se reproduce a través de la socialización infantil, donde las niñas son preparadas para ser madres y cuidadoras, mientras que los niños son orientados hacia el trabajo y la producción económica. De este modo, las funciones de género socialmente aceptadas en lo familiar también se relacionan con los estereotipos laborales.

Esta percepción diferenciada de las profesiones según el género refleja cómo los estereotipos se reproducen desde edades tempranas y se consolidan a través de la socialización en contextos familiares, escolares y comunitarios. Así, en el ámbito laboral, los hombres suelen estar asociados con puestos de autoridad y liderazgo, mientras que las mujeres son vistas como aptas para roles de apoyo o relacionados con el cuidado. Por ejemplo, la ciencia y la ingeniería suelen asociarse con lo masculino, mientras que las áreas de cuidado y educación se vinculan a lo femenino (Martínez, 2014). La asociación automática de las mujeres con tareas de cuidado, como la enfermería o la docencia, y de los hombres con profesiones relacionadas con la tecnología o el liderazgo, evidencia una distribución simbólica del trabajo que limita las posibilidades de elección vocacional de los individuos. Estos esquemas no solo restringen el desarrollo personal, sino que también perpetúan desigualdades estructurales en el acceso y reconocimiento dentro de distintas áreas profesionales.

Las respuestas de los y las estudiantes dejan ver cómo, incluso en generaciones más jóvenes, persisten imaginarios que asignan valor y pertenencia de las profesiones en función del género. En contextos semiurbanos, esta tendencia se acentúa aún más, lo que indica que la reproducción de estereotipos está profundamente vinculada a la estructura sociocultural y económica del entorno. Las cifras mencionadas revelan una baja representación de figuras masculinas en roles de cuidado, y una casi nula referencia a mujeres en áreas de decisión o especialización médica, lo cual no solo refuerza las jerarquías de género, sino que también invisibiliza la diversidad real que existe en estos campos. Debido a esto, es fundamental promover una reflexión crítica que permita desnaturalizar estas asociaciones rígidas. Superar estas barreras simbólicas requiere no solo de cambios institucionales, sino también de un trabajo constante con las familias y comunidades para desmontar los discursos que legitiman la desigualdad desde lo cotidiano.

La idea de que ciertas actividades o carreras son “adecuadas” para hombres o mujeres es un ejemplo explícito de cómo los estereotipos operan en la percepción de oficios y profesiones. Hochschild (2012) expone que los estereotipos de género están intrínsecamente ligados a las estructuras familiares y comunitarias, donde se perpetúa la idea de que las mujeres son responsables de mantener la cohesión social a través de sus roles de cuidado, mientras que los hombres deben desempeñarse en roles de poder y decisión pública.

En lo cotidiano, la división estereotipada de los roles de género se manifiesta en pequeñas interacciones y expectativas sociales que perpetúan estas concepciones de lo masculino y lo femenino. Se puede observar que los y las participantes refieren la visibilización de una mayor equidad en la vida pública; no obstante, los estereotipos de género tradicionales siguen profundamente arraigados en el ámbito privado. Desde las actividades laborales y domésticas asignadas a varones y mujeres, hasta las expectativas sobre cómo deben comportarse en público y en privado, los estereotipos de género se ven reforzados a través de normas socialmente

aceptadas. Estas percepciones de lo masculino y lo femenino pueden contribuir a la discriminación y la inequidad basada en la concepción de una diferencia sustantiva entre el hombre y la mujer.

Los datos revisados en los ejercicios de los y las estudiantes muestran que, en los entornos metropolitanos y urbanos, donde la exposición a una diversidad de roles y expresiones de género es más común, las normas de género pueden ser más flexibles, aunque aún se ven influidas por las expectativas sociales predominantes. En contraste, en el contexto semiurbano, donde las tradiciones tienden a ser más conservadoras, las normas de género suelen ser más rígidas en cuanto a los actos y comportamientos que conforman la identidad de género. De este modo, la relevancia de analizar los roles de género en diferentes contextos escolares radica en la necesidad de entender y cuestionar cómo estas normas se construyen y perpetúan, con el fin de promover un ambiente educativo más inclusivo y equitativo.

Los estereotipos de género se construyen frecuentemente a partir de dicotomías que separan la masculinidad y la feminidad de manera excluyente y simplificada (Connell, 2003). Estas ideas refuerzan la creencia de que existen características propias y “naturales” que diferencian a hombres y mujeres, legitimando desigualdades al asociar ciertas funciones y comportamientos con lo masculino y lo femenino. La división tradicional de roles de género asocia a los hombres con características como la fuerza, la autoridad y la racionalidad, mientras que a las mujeres se les vincula con el cuidado, la sumisión y la emocionalidad.

A partir de estas concepciones de lo femenino y lo masculino, Segato (2016) argumenta que los estereotipos de género refuerzan la violencia estructural y simbólica hacia las mujeres, normalizando la idea de que los hombres deben ejercer control y poder, mientras que las mujeres deben mantenerse en roles subordinados, especialmente en el ámbito privado. Las construcciones sociales funcionan como mecanismos simbólicos de control que refuerzan la

dominación masculina y subordinan las formas de expresión y participación femenina o disidentes. Al estar arraigados en discursos institucionales, prácticas culturales y normas sociales, los estereotipos de género se perpetúan generacionalmente y condicionan tanto las aspiraciones individuales como las oportunidades reales de participación equitativa en la vida social. Por ello, desmontar estas creencias de género requiere visibilizar su origen estructural y transformar las dinámicas de poder que los sostienen.

Es necesario señalar que una de las principales limitaciones de este estudio se relaciona con el rango etario de los participantes, circunscrito exclusivamente a niñas y niños de entre 9 y 12 años. Si bien esta etapa resulta particularmente relevante por corresponder a un momento de consolidación de concepciones sociales de género y de tránsito hacia la adolescencia, los resultados no pueden generalizarse a otras edades, como la primera infancia o la adolescencia media y tardía, donde los procesos de identificación, cuestionamiento y resignificación de los estereotipos pueden adquirir características distintas. Asimismo, la investigación se desarrolló únicamente en el estado de Jalisco, México, lo que implica que los hallazgos están atravesados por condiciones socioculturales, históricas y educativas propias de este contexto regional. En este sentido, futuras líneas de investigación podrían ampliar la muestra tanto en términos etarios como geográficos, incorporando estudiantes de otros niveles educativos —como educación inicial, secundaria o bachillerato— y de distintas regiones del país, incluyendo contextos rurales e indígenas, con el fin de explorar cómo se configuran los estereotipos de género en escenarios socioculturales más diversos.

Conclusiones

El concepto de feminidad y masculinidad se construye y reafirma a través de pautas socioculturales que definen los roles, comportamientos y expectativas asociados a cada género. Estas pautas son transmitidas por diversas instituciones sociales, como la familia, la educación,

los medios de comunicación y la religión, y se interiorizan desde una edad temprana. De esta manera, se perpetúan los estereotipos de género, estableciendo lo que se considera "apropiado" para hombres y mujeres. Por ello, este trabajo buscó analizar las diferencias en la configuración de los roles de género mediante la revisión del uso de estereotipos en estudiantes de distintos contextos educativos, con el fin de observar diferencias y semejanzas.

La pluralidad cultural y de género es más visible en las áreas metropolitanas, por lo que los niños y niñas suelen estar expuestos a una mayor variedad de roles y comportamientos de género en su entorno, lo que les ofrece la oportunidad de cuestionar los estereotipos tradicionales. Sin embargo, también se observa que siguen ciertas normas dominantes en cuanto a lo femenino y lo masculino, sobre todo en el ámbito privado, como lo familiar. De hecho, en la institución familiar convergen los mayores referentes de estereotipos de género en los tres espacios revisados, en especial en los roles que tienen que ver con el padre y la madre.

En contextos urbanos, donde las influencias culturales pueden ser variadas, pero menos pronunciadas, los estereotipos de género se manifiestan en las prácticas laborales en un porcentaje mayor que en las áreas metropolitanas. En los contextos semiurbanos, donde las comunidades suelen ser más pequeñas y las tradiciones pueden jugar un papel más fuerte en la vida diaria, los estereotipos de género a menudo se transmiten de manera más directa de generación en generación. Por ello, los y las estudiantes de escuelas semiurbanas presentaron una caracterización del hombre y la mujer más diferenciada.

Para dismantelar los estereotipos de género, es necesario un cambio en las estructuras sociales y culturales que los sustentan (Bourdieu, 2006). Por ello, el análisis de estereotipos de género en estos diferentes contextos es esencial para preparar a los y las estudiantes para un mundo cada vez más interconectado y diverso. Al entender y desafiar los estereotipos de género, los y las estudiantes pueden desarrollar habilidades críticas que les permitan interactuar de

manera respetuosa y empática con personas de todos los géneros. Además, esto contribuye a la creación de un entorno escolar donde todos los y las estudiantes se sientan valorados/as y apoyados/as en su desarrollo personal, independientemente de las normas de género predominantes en su comunidad.

El análisis y la reflexión sobre los estereotipos de género son vitales para avanzar en la igualdad de género y los derechos humanos. Al educar a los y las estudiantes sobre la diversidad de expresiones de género y la importancia de respetar las diferencias, se contribuye a reducir la discriminación y a crear una cultura basada en la empatía y el respeto mutuo. Esto es esencial para formar ciudadanos/as conscientes y responsables, preparados/as para vivir en una sociedad diversa y plural.

Referencias Bibliográficas

- Bem, S. (1981). Gender schema theory: A cognitive account of sextyping. *Psychological Review*, 88, 354–364. <https://psycnet.apa.org/record/1981-25685-001>.
- Bigler, R. y Liben, L. (2007). Developmental Intergroup Theory: Explaining and Reducing Children's Social Stereotyping and Prejudice. *Current Directions in Psychological Science*, 16(3): 162–166. <https://journals.sagepub.com/doi/10.1111/j.1467-8721.2007.00496.x>.
- Bourdieu, P. (2006). *La dominación masculina*. Anagrama.
- _____ (2007). *Cosas Dichas*. Gedisa.
- Butler, J. (2007). *El género en disputa. El feminismo y la subversión de la identidad*. Paidós.
- Castillo-Mayén, M. R. y Montes-Berges, B. (2014). Análisis de los estereotipos de género actuales. *Anales de Psicología*, 30(3): 1044-1060. <https://revistas.um.es/analesps/article/view/analesps.30.3.138981>.
- Chodorow, N. (2021). Women Mother Daughters: The Reproduction of Mothering After Forty Years. En P. Bueskens (Ed.), *Nancy Chodorow and The Reproduction of Mothering. Forty Years On (49-80)*. Palgrave Macmillan.
- Connell, R. (2003). *Masculinidades*. Universidad Nacional Autónoma de México.
- D'Alessandro, M. (2016). *Economía Feminista. Como construir una sociedad igualitaria (sin perder el glamour)*. Sudamericana.
- De Beauvoir, S. (2015). *El segundo sexo*. Cátedra.
- Fairclough, N. (2003). El análisis crítico del discurso como método para la investigación en Ciencias Sociales. En R. Wodak y M. Meyer (Eds.), *Métodos de análisis crítico del discurso (179-203)*. Gedisa.
- Gilligan, C. (1982). *La moral y la teoría. Psicología del desarrollo femenino*. Fondo de Cultura Económica.

- Hochschild, A. (2012). *The Second Shift: Working Families and the Revolution at Home*. Penguin Group.
- Martínez, D. (2014). *¿Ingeniera?, ¿enfermero? Diálogo con estudiantes para vivir la equidad de género en la universidad*. Universidad de Guadalajara.
- Rodríguez, A. (2022). La desigualdad de género desde la cultura: mitos, símbolos y representaciones. En C. Casas y J. Chávez (Coords.). *Igualdad de género, una mirada feminista desde el Trabajo Social* (69-96). Universidad Nacional Autónoma de México.
- Segato, R. (2016). *La guerra contra las mujeres. Traficantes de sueños / Mapas*.
- Tinsley, C. y Ely, R. (2018). What Most People Get Wrong about Men and Women: Research Shows the Sexes Aren't So Different. *Harvard Business Review*, 96(3), 114–121. <https://www.hbs.edu/faculty/Pages/item.aspx?num=54503>.
- Van-Dijk, T. (2016). Análisis Crítico del Discurso. *Revista Austral de Ciencias Sociales*, 30. 203-222. <https://www.redalyc.org/pdf/459/45955901010.pdf>
- Velandia-Morales, A. y Rincón, J. C. (2014). Estereotipos y roles de género utilizados en la publicidad transmitida a través de la televisión. *Universitas Psychologica*, 13(2). 517-527. <https://revistas.javeriana.edu.co/index.php/revPsycho/article/view/5854>.
- Vygotsky, L. (2013). *Pensamiento y lenguaje*. Booket Paidós.
- Yubero, S. (2004). Socialización y aprendizaje social. En D. Páez *et al.* *Psicología social, cultura y educación* (819-844). Pearson Prentice Hall.